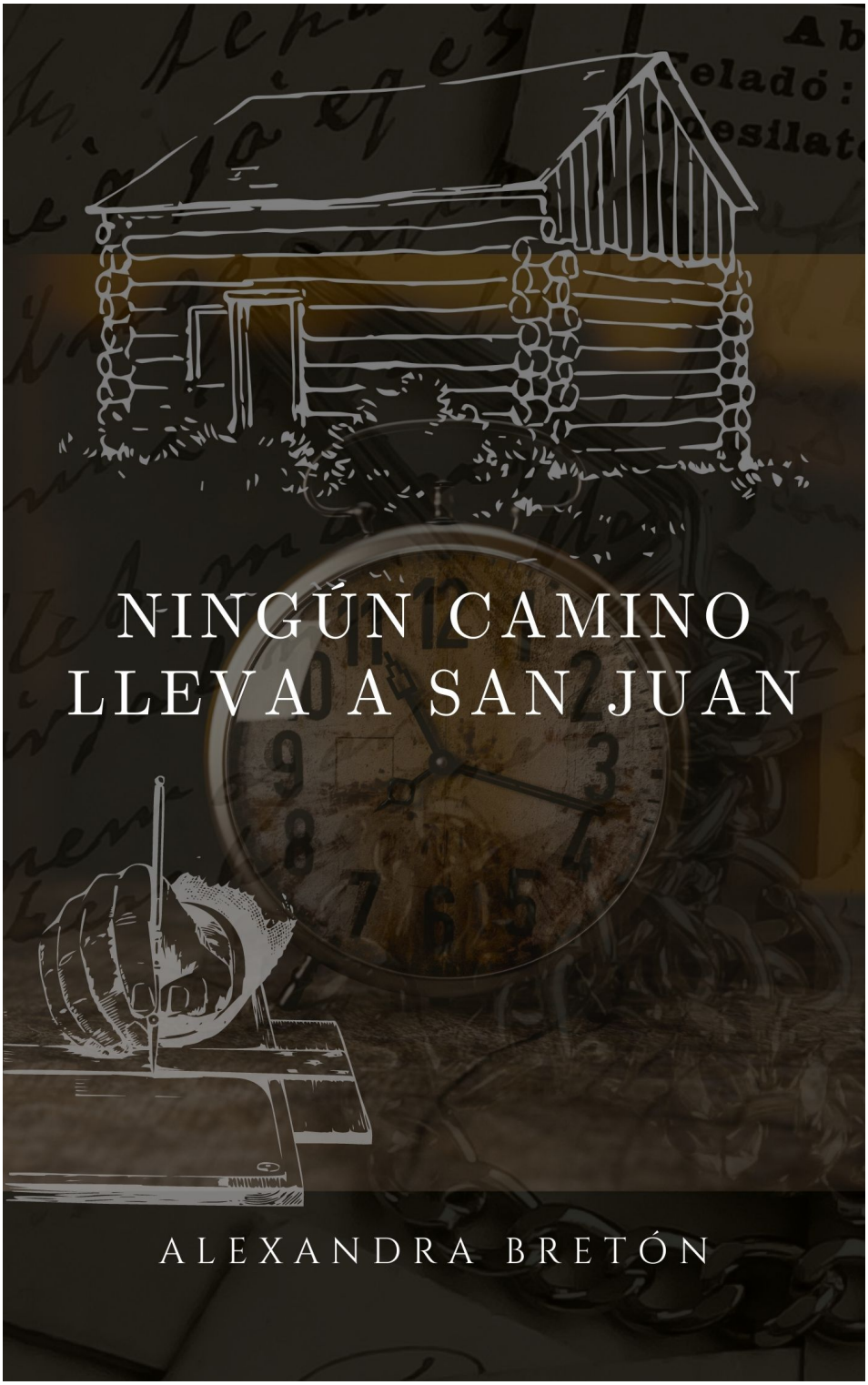
Ningún camino lleva a San Juan

Alexandra Bretón



Capítulo 1

SAN JUAN

Nos encontrábamos jugando conquian en la sala de estar, Elena recorría la habitación, servía nuestras copas, parecía jugar con su cabello cuando me daba la espalda, la percibía dulce y tenue, como quien acaba de tomar la mano de una ninfa agridulce, mis colegas la ignoraban, Paco bajaba una tercia que el profesor Murillo veía como el fin de su jugada perfecta, no obstante, mis ojos se posicionaron en el viento del vestido de Elena que captaba mi atención, no le sentaba nada bien a su figura pero eso sólo ocasionó que la recordara cuando su piel era de nácar y sus piernas firmes, casi una jovencita, por esos años solía despertarme con sus grandes ojos fijos, no dejaban de mirarme duramente, han pasado menos de dos décadas, suficientes para verme absorbido por su presencia infinita, por sus deseos desmesurados, crecimos juntos, era la hija de Doña Meche, las verduras que vendían eran las más frescas.

Todos los días mi mamá hacía una lista para el mandado, solía ir casi cinco veces al día por cada cosa que había en esa lista, eso sucedía cuando tenía diez años y la mamá de Elena abrió su puesto en el mercado, un día escribí una nota con mis intenciones, pensaba dársela a Elena sin que Doña Meche se diera cuenta, eran tantos mis nervios que un señor en una bicicleta al pasar frente a mí me chasqueo los dedos mientras cruzaba la calle, por ese entonces y ahora cualquiera puede cruzarse a la mitad de la calle en San Juan sin preocuparse, porque aquí la vida es apacible, los autos tardan más de tres segundos pasando un tope y observar caminar a la gente tranquila no es extraño, no llevan prisa porque aquí en San Juan todo está cerca, es tan pequeño que el mismo centro lo es todo, incluso hoy no seremos ni por mucho mil habitantes pero Elena por mucho era y es la más bonita de este pueblo, compré tres cebollines y cuando me dio el cambio me quedé paralizado, absorto en una belleza nunca antes conocida, sus pestañas me saludaban y sus lunares me daban la bienvenida a un mundo del que nunca iba a poder salir.

Después de la victoria de Paco con una corrida, Elena me despertó del recuerdo cuando me preguntó si llenaba mi copa; entonces, dirigiéndome a mis colegas, los despedí mesuradamente:

- Señores si me permiten, debemos parar aquí, gracias por venir como cada martes a jugar con un pobre viejo que de la vida poco tiene que decir.

-Es un honor jugar con el hombre que le enseñó a mi padre, compermiso Rafael. Añadió Paco, el hijo de Carlos; amigo que solía jugar conmigo en las horas muertas del trabajo, desde ese entonces habrán pasado casi

diez años.

Justo cuando cruzaron la puerta, no deje de pensar en el comentario que hizo el hijo de mi amigo, me costaba pensar en la paradoja en la que cae el hecho de haberle enseñado a su padre y ahora ser derrotado por su hijo, me siento estancado en el camino de la vida, es como si el más allá no quisiera rendirme cuentas, Elena incluso llega a afirmar que somos las personas más viejas de San Juan, no lo creo, pero con los años cada vez las visitas están más dotadas de juventud, ahí caigo en razón, nos hemos hecho amigos de los hijos de nuestros amigos que hoy yacen en la tierra húmeda del cementerio que se encuentra subiendo la colina.

Capítulo 2

JUVENTUD

Cuando terminé de recoger las copas y la baraja observé a Rafael inmerso en una idea, suele tener la costumbre de irse a lugares vagos que después proyecta con una pregunta o suelta con un comentario reflexivo, siempre parece estar ideando nuevas formas de ver la vida, pero con el tiempo me di cuenta de que en realidad es atraído como mosca a su propio pasado, se ha aferrado tanto a eso que agradezco que su cabeza sea la única memoria existente de mi juventud, cuando lo conocí tenía apenas ocho años y del amor no sabía gran cosa, pero un día aquel jovencito me dejó una nota arrugada y enredada entre el cambio que le devolvía por tres cebollines, era molesto que viniera tantas veces al día pero después de aquella nota algo cambió en mi percepción de mirarlo, lo comencé a ver como un hombre que irradiaba cierta seguridad cuando me escribía, entre esa sonrisa tonta y sus gestos torpes, había un hombre peculiar, buen mozo, imposible y jovial.

NOTA

La duda en la garganta seca se empapa de paz cuando escucho de ti, no me dejes la duda y dime si quieres estar conmigo.

Pude notar al genio en esas primeras palabras, me gustaba leerle, descubrirlo en eso que no fuera su torpeza, ni siquiera el primer beso fue igual de importante que aquella nota, nos hicimos novios dos años después, años en el que mandar notas era parte de nuestra rutina, la vida y la oscuridad que viene con ella aún no nos alcanzaban, cuando estábamos en una de las etapas más complejas de nuestra juventud decidimos separarnos, la pubertad es la primera nube gris de nuestra existencia, la adolescencia es sólo la tormenta que se desata con ella, tenía quince años, no era consciente de la causa de mis emociones, sólo sabía que se sentía la atracción, los besos y la humedad en la tela de algodón de mi ropa interior, la vergüenza ruborizaba mis mejillas porque en San Juan las chicas no suelen hablar de esas cosas, no suelen debatir ciertos temas ni actuar de cierta manera, sin embargo, mi mamá nunca tuvo pena al hablar de ellas ni limitar su comportamiento a lo que pudiese decir la gente, así que yo no le veía extrañeza, eso ocasionó cierta desconexión con mis vínculos. Un día me di cuenta de que la única conexión real que había tenido con alguien era el jovencito de los cebollines, leerle no sólo me atraía si no que me colocaba en el lugar de quién admira el trabajo que uno mismo se cree incapaz de realizar, despertaba cosas que los besos, la fricción y cualquier gesto físico no podían, entonces vi a Rafael nuevamente, ya era un muchacho de diecisiete años, con barba tupida y cabello quebrado, además de atractivo se notaba un chico solitario, íbamos en diferentes escuelas pero solía

toparme con él habitualmente de camino a casa, ese día lo encontré sentado en un parque de la colonia, parecía escribir en una hoja blanca, pensé en primera instancia que era para alguna chica a la que probablemente intentaba conquistar, decidí acercarme, no fue algo pensado, quería charlar, experimentar cómo era sostener una conversación con alguien que sólo conocí a la distancia cuyo rasgo único que recordaba era la tinta en un papel.

Capítulo 3

PERSÉFONE

Nuestra casa estaba impregnada de lo que le gustaba, sus figuritas de cerámica, las cortinas, las plantas colgando a un lado del ventanal, el aroma a incienso cuando me levanto por la mañana y al atardecer cuando me siento a leer en el sofá, sin embargo, tiene rato que el sol se escondió atrás de la montaña y Elena no ha puesto el incienso.

- ¡Elena!

Me levanté molesto, veinticinco años casados, el precio de esos años es el silencio que arrastra con ellos, casi no hablamos, me conformo con percibir el humo del incienso y saber que está ahí, no obstante, hoy me ha dado por inercia pararme e ir a buscarla al huerto atrás de la casa, estaba sentada en un escalón poniéndose los zapatos, me extrañé y no sabía si acercarme, algo me paralizó, me quede observandola detrás del muro de la casa, al verla salir y cerrar la puerta sentí calma, pocos años antes de que tuviéramos a nuestro único hijo, compramos esta casa hermosa a pocas cuadras de la casa de mis padres, llegué del trabajo agotado así que fui directamente a la cama y desde el balcón escuche la puerta del huerto abrirse, por ese entonces era sólo pasto dónde Santiago podía salir a jugar con el perro y mi esposa salía de ahí acomodándose el vestido con un hombre que la sujetaba detrás para que no perdiera el equilibrio, por un momento creí que otra vez vería a un desconocido salir del huerto, el celo de un hombre inseguro a mi edad ya no es apropiado, soy un hombre de paz, nunca necesite confrontar a Elena por su romance, siempre la escribí en mis personajes como una ninfa virtuosa, en ese tiempo se convirtió en la decadencia de la feminidad, mujeres que mueren trágicamente, otras que acababan por ahogarse en su desgracia, nunca triunfantes de sus deseos, pero lo peor de todo es que incluso en su más terrible expresión la amaba, mis personajes la amaban como la diosa y reina de los muertos; Perséfone, muertos como yo, que en todo caso me convertirían a mi en Hades, otro precio que como escritor y hombre tengo que pagar.

Enciendo un cigarrillo porque no puedo admitir que la estoy espiando, parece no notar mi presencia, se ha encogido con el tiempo, no puedo dejar de verle las patillas canas, todo lo llena Elena, me abrazo al infierno que ha sido estar con ella, tan pueril, entregada a la esencia misma que la trajo al mundo, incluso con la edad encima cuando recorre la habitación uno puede verse atraído de todo lo que ella representa, Elena es por mucho mi peor fatalidad pero también el pilar de lo que significa vivir como vivo.

Capítulo 4

NINFA

Casada la mitad de mi vida, con un hijo que se ha ido, impregnamos en Santiago las razones para que hoy no esté aquí, hoy cambiaríamos muchas cosas, le daríamos más tiempo y tal vez no sería la ausencia razón de su huida, aún preparo el café de olla que le gustaba, lavo la ropa con el mismo detergente con el que solía lavar sus camisas, me ahoga la pena de un madre vieja donde el único estímulo que tengo es el recuerdo de un pasado lejano, no quiero ver hacia atrás pero la vida ya no me ofrece nada nuevo en esta realidad que ya no tiene futuro alguno.

Pasaban las horas, noté a Rafael nervioso, mi esposo suele ser apacible, pero hoy no podía sostenerme las miradas, me acerqué a él con la intención de arropar su castigo, alguna crisis por la vejez, Santiago, el tiempo o las aspiraciones fallidas lo atormentaban, deje de tenerle empatía cuando nos volvimos transparentes, toleramos una vida junto al otro y hoy sólo nos quedaba resistir juntos a este destino trágico en el que nos encontramos.

Me acerqué y le acaricié con mis dedos, estaba agachado, me tomó de la cintura, me dió un beso en la frente y me miró como una niña, no pude esconder mi extrañeza.

- Te veo en la cama. Me dijo sin agregar nada más y se fue.

Trato de recordar en qué momento entramos al abismo que nos ha separado por años, lo escucho acurrucarse en el colchón, apaga la luz, todo terminó por hoy, mañana será siempre el mismo día, morir junto a un escritor es la peor tragedia de un mujer mundana que hubiera deseado pasar sus días disfrutando de un buen vino y hombre que tuviera ganas de tenerla.

Fui una chica tonta en mis ayeres, aventurera y descalibrada, solía buscar experiencias a donde fuera, incluso en mi matrimonio fui capaz de entregarme a las pasiones que en su momento me hicieron sentir viva, llegaron a compararme con la trágica Emma de Madame Bovary, pero yo fluía en un remolino de impulsos que me llevaban a un dolor al que también me abrazaba, me daba el gusto, obsesionada a sentirme con el corazón roto, estoy segura de que si un hombre hoy viniera a provocarme no dudaría en escaparme una noche más allá de la deshonra que pueda acarrear a mi casa, sería el último suspiro de mi vitalidad.

Capítulo 5

LAS HORAS MUERTAS

Voy al jardín para ver el amanecer casi a las siete con treinta, me dejo cualquier cosa que pueda distraerme en la casa, Elena duerme apaciblemente, se da la vuelta cuando me levanto de la cama, hoy parece que algo en sus sueños la abruma, se encoge y no puedo evitar pensar en su fragilidad, quisiera abrazarla pero temo que despierte asustada, así que salgo como cada mañana y veo el horizonte extenso al otro lado de la vía del tren, los lugares en los que no estuve y los que llegue a visitar enterrados en mi cabeza por el tiempo, absorbió la vida mis deseos, cuando por fin deje de sentarme en una oficina redactando las noticias del periódico, me vi envuelto en otro problema, ahora me sobraba demasiado tiempo, en una crisis de madurez me volví docente de literatura en una prepa cualquiera para tener ocupadas mis horas, dos años después publiqué mi primera novela, ser escritor me ha condenado a estar la mitad de mi vida en los lugares de mi cabeza, a veces creo que en algún momento alguien dudará de mi cordura.

En San Juan el sonido de las aves cantando se distingue porque aquí la rutina de la gente comienza cuando dan las nueve y comienza la misa en la iglesia, sin embargo, empiezas a escuchar las voces indescifrables cuando son más de las diez, han dado las ocho y apostaría a que la mayoría sigue durmiendo, incluidos a los que la religión les es indiferente, ellos abrirán sus negocios a eso de las diez con treinta para atrapar a un cristiano hambriento que traiga lo que le sobró de la limosna.

Me siento aquí cada mañana, tranquilo me inspiró con el único paisaje que he visto los últimos veinte años, conozco como se ve el campo en San Juan cuando es otoño, la calabaza abunda en el mercado y las señoras te ofrecen las más frescas en cada esquina, hace casi seis meses Elena y yo, en otro intento por encontrar algo que hacer juntos, sembramos en el huerto calabazas, papas y tomate, deje de apoyar con el huerto casi un mes después, suelo ser muy meticuloso y ella muy impaciente, creo conocer lo suficiente a Elena por el simple hecho de haberla descubierto en tantas páginas, no tengo la cuenta de las veces que he hablado de ella en mis escritos, mis horas muertas las ocupaba ella, pero cuando vivo con ella mi paz se comprime con su mirada perdida, sus gestos de indiferencia y la molestia injustificada con la que suele tratarme cuando simplemente no hice lo que ella esperaba que hiciera, Elena se encoge en mi pecho y exige protección, suelo compararla con una niña en mis novelas, suelo amarla con esos defectos porque de otro modo me vería intranquilo con mi soledad, como la Maga de Cortázar, tiene la manía de preguntar, la curiosidad y mi intolerancia oscurecen mi actitud, siempre termino respondiendo algo concreto para que me deje trabajar, termina entendiendo como un código cuando quiero que no este cerca, al

final hemos encontrado en el otro una razón para vivir, creamos un lenguaje, hemos visto que en lo que nos resta de tiempo, ambos somos dos piezas que caerán en el abismo, seremos lo último que quede de los recuerdos de toda una generación, seremos el olvido, pero lo realmente importante es que a estas alturas no seré solo, seré con ella hasta el final.

Capítulo 6

ABNEGACIÓN

Hoy recibimos a Luis, uno de los mejores abogados de la ciudad, mi esposo y él se conocieron en Querétaro y descubrieron que ambos tenían gustos literarios similares, no tardaron en volverse grandes amigos, después no era de esperarse que Luis fuera la mano derecha de Rafael, nunca se cansó de decirle a mi esposo que considerará mudarse a la ciudad para facilitar su trabajo, pero Rafael siempre se negó, en su deseo egoísta, a no salir de San Juan, cuando tenía que firmar libros procuraba no estar tanto tiempo lejos de casa, como si en su regreso oportuno fuese a encontrarme con el que trae el pan en las mañanas, no pasaban más de tres días para que estuviera parado al otro lado de la puerta, llegaba y ponía sobre la mesa baratijas que compraba en los mercados de los pueblos por los que pasaba. Me hacía gracia verlo emocionado al contarme sus anécdotas, compadecí su entusiasmo y a mí porque nunca me permitió ser parte de sus historias, todas ellas hablaban de gente que él conoció pero que para mí eran simples fantasmas, de repente me decía - ¿Recuerdas a Zoe? la encontré en la firma de libros, ahora está explorando escribir novelas históricas - asentía con la cabeza sin entender realmente de quién estaba hablando, sin embargo, Luis no tenía importancia para mi hasta que pisó mi casa, lo vi, por fin pude darle una cara a su nombre, una imagen imborrable al fantasma que tenía en mi cabeza, ese día cambié, ya no anhelaba otra cosa que no fuera su cuerpo inerte en una constelación lejos de San Juan, donde la gente no hablara, llevamos casi quince años relacionándonos por mi esposo y en todos ellos sólo ha sido un deseo especular.

Miro a Luis por el arco que separa la cocina de la sala de estar sentado con mi esposo, fuma un puro cubano y al verlo noto que el ancho de sus hombros se ha vuelto más robusto con los años, le he escrito una carta, pero hace meses espero que la ocasión sea puesta por el destino, aunque me avergüenza mi edad y mi cuerpo si no intento vivir una vez la luz que me llena de fervor, mis años serán grises y oscuros, no importa si no consumo mis pasiones como lo hacía en mis años joviales, me limitó a decir lo que siento y recibir una respuesta que me deje vivir los años que me quedan.

Cojo la carta y la escondo en mi mandil, los nervios me hacen enrojecer, por la ventana observó los árboles de las jardineras de enfrente, se retuercen con el viento, agitadas las hojas como mi corazón, siento un nudo en la garganta que me hace salir de casa un momento, una calle angosta y vacía me rodea, ha caído casi el sol atrás de la montaña, me acercó a una jardinera e intento relajarme un instante para no esclarecer

mis deseos vergonzosos.

He cedido mi vitalidad a un matrimonio que me asfixia, duermo cada noche pensando en otra vida, soñando que al otro día estaré al borde del mar, sola con el sol, imaginó rostros indiferentes ante mi desnudez pública, a veces me elevó en mis sueños y me hago pequeña con las nubes, tengo esas imagenes en mi cabeza como forma de liberación personal, para no morir con la rutina que me ha encerrado a este bucle sin fin, nadie más que yo ha escogido llegar hasta aquí, a esa edad donde el camino se estrecha y lo que decida o no hacer terminará por enterrarme en el fondo o levantarme de la tierra húmeda donde yacen mis deseos.

Capítulo 7

SACRIFICIO

Suelo despertarme en madrugadas como hoy, Elena duerme apacible, pero una imagen no termina de cerrar en mi cabeza, tras la visita de uno de mis mejores amigos: Luis. Me veía envuelto en una tormenta de dudas, sin embargo, aquel remolino interno no fue lo suficientemente fuerte para sacar por impulso las preguntas, confrontar a Elena por una verdad que podría ser únicamente parte de mi imaginación, la desconfianza que surge tras el engaño marital, el parche que ya no cierra el agujero del que se reconoce suspicaz.

Me levanto de la cama para ir al baño, me miro en el espejo, cierro los ojos y recuerdo la mirada de mi esposa, como si sus ojos brillosos anunciaran un deseo indescifrable hacia Luis, no la culpo, es simpático y tiene el cuerpo de un hombre viril, pero en aquella mirada no recuerdo una sonrisa, un gesto de coqueteo, más bien lo describiría como un momento de sonrojamiento que denota nerviosismo ¿Seré acaso yo el que lee palabras donde no las hay?

Debo confesar que aquella mirada me recuerda a la de una joven que conocí en Celaya, Guanajuato. Estaba saliendo de una presentación literaria y una jovencita me mirada sentada en su asiento igual que Elena miraba a Luis, sus mejillas rojas, su boca comprimida y sus pupilas dulces. Salí para tomar un taxi, y cuando estaba por pedirlo ella se acercó, me confesó un deseo vergonzoso, aquella mujer me pidió un beso porque según sus palabras, quería recordarme fuera de mis páginas, me pareció desorientado, pero tierna la propuesta, recuerdo que le acaricie el cabello y me subí al taxi, no le dije nada, solamente me fui, porque en lo primero que pensé fue en Elena, no estoy seguro del efecto que causó mi decisión en ella, pero hoy me pregunto que efecto causan los hombres en mi esposa, que efecto colateral inconsciente ha venido a tumbar el deseo entre ambos.

¿Cómo saber el efecto que tiene un golpe sobre el viento? Tomar una gota de lluvia y dejar que la absorba tu cuerpo, o por el contrario dejarla caer sin filtro contra el piso. Me digo a mi mismo que conozco a la mujer con la que comparto la cama, pero hay una cosa que hoy me golpea como una maceta que cayó por la ventana, el huracán de la duda que surge en mi cabeza me regresa a la pregunta ¿Elena me ama? o más bien ¿Elena aún me ama? ¿Cómo saberlo? El amor no es una cosa que pueda afirmarse, ni una adivinanza que sugiere con acciones una respuesta, el amor te revuelve las entrañas, te enferma, pero te cura cuando trae consigo la dulzura, el calor y la paciencia. Puedo afirmar y presumir su atención,

pero no afianzar su amor por mí, y con ese hueco en el estómago, regreso a la cama, ella se voltea dándome la espalda y el frío, aún con las sabanas puestas, recorre mi cuerpo, esa noche no dormí nada.